

ardor que estos despojos profanos, fueron forzados y asolados todos los templos y todos los monasterios de uno y otro sexo. Las señoras romanas, que junto con las vírgenes consagradas al Señor habían buscado en el lugar santo un asilo á su honestidad, no hallaron mas que el sacrilegio además de su infamia (1). En la basilica del Principe de los Apóstoles, donde se complacieron sobre todo en sacrificar á su rabia contra el pontificado y contra la Iglesia, los salvajes vencedores escabaron hasta en los sepulcros de los Sumos Pontífices, para ultrajarlos aun despues de su muerte: sacaron los cuerpos de los Santos fuera de sus urnas y los pisotearon: transformaron en caballeriza la capilla pontificia, y arrojaron las bulas de los Papas á los pies de los caballos para que sirviesen de cama á estos; destinaron á los usos más inmundos los vasos del santo sacrificio; se revistieron con hábitos sacerdotales, episcopales y cardenales, y en este traje montaron en asnos e hicieron procesiones por las calles, en las que solo resonaban infamias y blasfemias (2). En fin, reunidos en una de las capillas del Vaticano, y revestidos de las capas de los cardenales, depusieron á Clemente VII; y procediendo despues á la elección de un nuevo Pontífice, y remedando todas las formalidades de conclave, dieron todos su voto á Eutero, que fué por ellos proclamado Papa con voz unánime (1527).

Los saqueadores habian salvado la vida á muchos personajes ilustres ó ricos, á prelados, oficiales, magistrados, banqueros y comerciantes, con la esperanza de sacar de ellos grandes sumas por su rescate. Despues de haber arrebatado cuanto poseian en sus casas, les exigieron unas sumas impo-

(1) Guicci. l. 18; Pontan. l. 3; Guicci. de Urb. rept. Urb.
(2) Cochl. in Act. et Scrip. Luth. p. 167.

sibles de satisfacerse y que á pesar de esto esperaba su insensata codicia. Fueron colgados por los pies, quemados á fuego lento y atenaceados, despedazados á azotes, mutilados de una manera tan cruel, como ignominiosa; forzados, ó á comer sus propias orejas que les cortaban, y se las metian en la boca, ó á aprontar las sumas excesivas de las que no tenían ni aun el primer cobito estos infelices, de suerte que desesperados y poseídos de una especie de rabia, muchos de ellos se arrancaron de las manos de estos satélites y se precipitaron por las ventanas apelando á un criminal suicidio, que en su delirio miraban como su único remedio. El pillage, despues de haber durado dos meses enteros en la ciudad, cosa que hasta entonces tampoco tenia ejemplo, se estendió con las mismas violencias en todo el pais comarcano. Algunos historiadores aseguran que todos cuantos saqueos habia sufrido Roma no la arrebataron juntos tantas riquezas como este solo; á lo menos es constante que los templos y demas monumentos de religion, mas ricos entonces que nunca lo habian sido, abandonados á una secta que calificaba de piedad la ruina del santo culto, no experimentaron jamás pérdidas tan asombrosas. Pero si el infierno sacó este partido de un funesto simulacro de reforma, la Sabiduría Suprema, convirtiendo á sus fines las armas del infierno, adelantó, por medio de esta catástrofe, la reforma legitima y santa que los sabios del siglo iban todavía retardando: todas las pérdidas temporales de Roma fueron abundantemente compensadas por el restablecimiento del orden primitivo, al cual veremos procederse muy pronto.

Quando el emperador Carlos V supo los horribles escesos y desgracias que el furor impio de los hereges alemanes habian causado en la capital del mundo cristiano y los indignos ultrages que se habian hecho al Vicario de Jesucristo, tuvo y manifestó el

mayor sentimiento, suspendió los regocijos públicos que habia mandado hacer por el nacimiento del principe D. Felipe su hijo, tomó un vestido de luto, mandó hacer rogativas públicas y procesiones para implorar la asistencia del cielo contra tan grandes calamidades, y entretanto habia enviado órdenes terminantes para que se pusiese en libertad al Papa; pero á pesar de esto le tuvieron todavia preso seis meses enteros (1) (a). Guicciardini, que calumnia á Carlos, pretende (2) que este queria que el Pontífice fuese conducido á Madrid; y que el orgulloso deseo de presentar aqui prisionero un Papa despues de un rey de Francia, solamente cedió y desistió de ello por el temor de hacerse odioso á todos los pueblos de su reino y á todos sus obispos que detestaban hasta el pensamiento de hacer semejante ultraje al Vicario de Jesucristo. Este se redujo á su prision en el castillo de Sant-Angelo, sufrió alli todo lo que la peste, que desolaba á Roma y que empezaba á penetrar en su funesto asilo, pudo añadir á la escasez cruel de las cosas mas necesarias á la vida. Estaba prohibido tan rigurosamente suministrarle cosa alguna, que habiendo una mujer compasiva metido algunas lechugas en un canasto echado con una cuerda por los muros del castillo, mandó el comandante de las tropas imperiales que la colgasen en la plaza á vista del Papa, el qual por espacio de seis dias estuvo como fuera de sí mismo (3). Fué preciso en fin que se rindiese y suscribiese á todas las condiciones que plugo á los vencedores imponerle. Una de las mas soportables, pero que el gusto funesto de Clemente por á hor-

(1) Pallav. Hist. Comit. Trid. l. 2, c. 14.
(2) Hist. l. 18.
(a) Escribió tambien con mucha sumision al Pontífice y á otros principes, disculpándose de tan funestos estragos, atribuyendo la culpa al violento duque de Borbon y al desenfreno de sus soldados hereges.
(3) Paul. Jov. Hist. l. 20.

rar no se la hizo mirar asi, fué la de pagar en el término de dos meses la suma enorme de cuatrocientos mil ducados, y de ellos cien mil al contado. Luego que se firmaron todos los artículos, temiendo todavia el Papa á sus crueles libertadores, se escapó de Roma disfrazado de mercader, y fué á arrojar en los brazos de aquellos franceses que su rey ayudado por el de Inglaterra, habia de nuevo enviado á Italia. Despues se retiró á la ciudad de Orbiato, en donde pareció no haber salido de un mal paso sino para recaer en otro, muy diferente del primero, pero no menos peligroso en su género. Entonces fué quando se trató por la primera vez de la fatal exigencia de Enrique VIII, el qual, despues de muchas solicitudes, consultas, agitaciones innumerables, llegó en fin á separar de la unidad y de la fé romana al rey, al parlamento y á la Iglesia de Inglaterra. Antes de que estallase este escándalo y mientras que los defensores de la antigua creencia se despedazaban por intereses puramente terrenales, los partidarios del nuevo evangelio, luteranos, zuinglianos, anabaptistas, visionarios y sacrilegos de toda especie disputaban con furor, tanto sobre los objetos mas sagrados del culto cristiano, cuanto sobre los sentidos de la Escritura santa, que todos llamaban regla única de la fé y que cada cual se creia con derecho de interpretarla á su antojo. Publicaron escritos sangrientos unos contra otros y se hacian una guerra menos sostenida, á la verdad, pero por lo común mas viva que contra los católicos. Ellos mismos dieron los golpes mas mortales á sus sectas inconciliables. Se desacreditaron en el espíritu de todo el mundo que los oia gritar eternamente que todo era claro en la Escritura y que habia que abrir los ojos para entenderlo. Partiendo de esta supuesta evidencia no halló Lutero cosa mas audaz é impia en Zuinglio, que el

desechar el sentido literal de las palabras de la consagración. Zuinglio por su parte miraba el apego de Lutero al sentido literal como propio de un espíritu grosero y el colmo del absurdo. «Oh, vosotros, les decía entretanto Erasmo (1), que apelais todos á la pura palabra de Dios, poned á lo menos de acuerdo entre vosotros antes de dar la ley al universo! Lutero mostraba buen semblante; pero el orgullo que manifestaba en lo exterior, no le impedía experimentar en su corazón y delante de sus amigos un abatimiento del cual nos dice Melancton que no podía ser testigo sin compadecerle. Sin embargo, avanzando según su costumbre, con tanto mayor impetu cuanto eran mas los obstáculos que se le oponian, lejos de abandonar su dogma monstruoso del pan y del vino incorporados en la Eucaristia con la Carne y la Sangre del Hijo de Dios, ó de un pan carnal y de un vino sangriento, como él mismo se explicaba poco despues, publicó el dogma todavía mas monstruoso de la ubiquidad, e intentó seriamente probarle con sofismas pueriles (2). «La humanidad de Jesucristo, decía (3), está unida á la divinidad; luego esta humanidad está en todas partes donde se halla la divinidad. Jesucristo en cuanto hombre está sentado á la diestra de Dios; pero la diestra de Dios está en todas partes; luego en todas partes está tambien Jesucristo en cuanto hombre:» y caminando de consecuencia en consecuencia con su calor acostumbrado, concluía que el Redentor estaba en los cielos antes de haber subido á ellos, y estaba tambien en el Sepulcro cuando los ángeles digeron que no estaba allí. Estas delirantes consecuencias fueron sin embargo adoptadas inmediatamente por muchos.

(1) Erasmo, l. 19, Epist. 3; l. 31, Epist. 59.

(2) Melancton, l. 4, Epist. 76.

(3) Bossuet, Hist. de las Var. t. 1, l. 2, p. 41.

discipulos de un maestro que subyugaba hasta sus opiniones y sus juicios. Melancton deploraba estos extravios, pero detestó invariablemente la ubiquidad, pero sin atreverse á manifestar su sentir en vida de Lutero. Con todo, adquirió tal favor el nuevo artículo que en algunos años dominó sin contradicción en la secta luterana. Tal es la suerte aun de la misma verdad en manos de los intrusos que se hacen sus defensores. Lutero, por defender el misterio de la Eucaristia, sostuvo que Jesucristo en cuanto hombre no estaba presente en él de otra manera que en el leño, en la piedra y en toda la naturaleza material. Los sacramentarios, viéndose tan duramente rechazados por los luteranos, redoblaron su ardor en aumentar los partidarios de su secta, y adquirieron con el número la estimación que se negaba á su doctrina. Queriendo los suizos del canton de Berna, á quienes habian ganado á atraer á su vez, convocaron una conferencia, á la cual convidaron á todos los cantones y á los obispos de Basilea, de Constanza, de Lausana y de Sion. Aunque aperecieron á estos prelados para que concurriesen á ella, bajo la pena de perder los bienes que poseian en el canton de Berna, todos se negaron á comparecer en una asamblea en que se proponia poner en discusion los puntos mas constantes de la fé, someterlos al juicio del poder político, y aun tomar solamente por regla de sus decisiones la Escritura Santa, sin atender á la tradicion. Esta nueva especie de concilio tuvo el éxito que debia esperarse (1528): prohibióse en él dirigirse en lo sucesivo á los obispos; se abolió la misa, los altares, las imágenes, las oraciones por los difuntos, todas las ceremonias y ritos de la Iglesia católica, y como el matrimonio, ó mas bien el libertinage, era de esencia de todas estas escenas sacrilegas, permitieron legalmente á los

frailes, monjas y clérigos el casarse, lo cual se hizo á instancias de un monje fugitivo, llamado Blaurer, reclamado por el abad de Alberspach, y despues apóstata declarado y elevado á personaje ilustre por Calvino, por haber perverado á Constanza. Además de esta ciudad, las de Lindau, de Strasbourg, de Augsburgo, de Ulm y Iena, tomaron parte en las resoluciones de Berna, junto con los cantones de Basilea, de Schaffousa, de Zurich, y algunos diputados de Appenzel, sin contar las ligas de San Gal, de Mulhausen y de los grisonés. Por el contrario, aquella parte de suizos, que por sus primeras hazañas en favor de la libertad habian dado su nombre á toda la nacion, poniendo igual grandeza de alma en perseverar en la religion de sus padres, junto con los cantones de Lucerna, de Soleure, de Fribourgo, de Underwald, de Uri, de Zug, y aun el de Glaris, que aun no habia apostatado, escribieron á sus seducidos compatriotas una carta muy enérgica conjurándolos á no obscurecer en un momento el mas bello lustre de la patria sustituyendo al título de defensores de la Iglesia, que habian heredado de sus mayores, el de enemigos suyos y cobardes desertores. Todo lo que produjeron estas representaciones fué hacer imprimir en la religion nueva la nota visible de su falsedad, por aquellos mismos que la abrazaban, pues declararon que si admitian esta doctrina era reservándose la libertad de añadir á ella ó quitar lo que luego les pareciese. Prueba palpable de la incertidumbre de su fé, y por consiguiente de su corrupcion. Viendo de este modo la Francia el contagio á sus puertas, redobló sus esfuerzos para impedir que penetrase en ella. La universidad de París no cesó un momento de proibir todo lo que se resentia de las novedades heréticas, ya en las producciones clandestinas de mil autores anónimos y sin reserva, y ya en las obras de los sábios

mas conocidos y célebres por poco que fuesen sospechosos. El nombre mismo de Erasmo, mirado como el prodigio de su siglo, no fué capaz de contenerla. A solicitud de Natal de Beda, sindico de la facultad de teología, fulminó contra aquel ilustre extranjero una censura motivada muy estensa, y tan severa que ciertos modernos la acusan de una clara parcialidad. Convendremos con ellos en que al fin Erasmo pareció siempre querido los Papas, de los principes mas católicos, de la mayor parte de los sábios, y que se sujetó espresamente, en la interpretacion de la Escritura santa, á la autoridad de la Iglesia, «la cual me hace recibir, dice (1) con San Agustin, la Escritura misma, y sin la cual, continúa, todos los razonamientos y todas las disputas jamás concluirían cosa alguna.» Pero es necesario convenir tambien en que tuvo, á lo menos por espacio de mucho tiempo, respetos, relaciones y miramientos con los sectarios mas furiosos, y aun alguna vez un lenguaje equívoco, y en una palabra, unos procedimientos infinitamente distantes de los que ordena Jesucristo en estos términos: *el que no está por mí, está contra mí.* Es igualmente difícil, al leer sin interrupcion la censura, cuya estension no nos permite reproducirla, y al ver todas las proposiciones de Erasmo comparadas de cerca unas con otras; es muy difícil, repito, no hallar en ellas un luteranismo mitigado, que podia no imputarse personalmente al autor, pero que daba á los censores un derecho de proibirle, como resultante del sentido natural de sus expresiones. «No será la adhesion á este semi-luteranismo, resucitado bajo de otro nombre, mas bien que el interés por la persona de Erasmo, lo que le haya adquirido tan entusiastas apologistas? En cuanto á sus

(1) Erasmo, Epist. ad Bibald.

ilustres protectores, ¿no es constante también que el que tiene una grande opinión puede evadirse de la reprensión de las potestades, atentas á evitar mayores males? Pero nadie se exime de los decretos imparciales y terribles de la posteridad. Francisco I, guiado por la benevolencia con que honraba las ciencias y los sábios, templó el ardor de los doctores de París, reprendió fuertemente al sindico; y para dar á Erasmo un testimonio del aprecio singular que le profesaba, le convidó á establecerse en Francia, donde le ofrecía todas las ventajas capaces de hacerle abrazar este partido; mas Erasmo no aceptó.

Sin embargo, para dar á conocer el rey que si obraba de este modo era porque la doctrina de Erasmo no le era sospechosa, publicó muchos edictos muy severos contra las novedades heréticas. Pero lo que hizo conocer mejor todavía el ardor de un celo que habian suspendido las disensiones del Estado, y los miramientos con ciertas personas, fué el atentado de algunos luteranos iconoclastas, los cuales dentro del mismo París en la esquina de la calle de los Rosales y de la de los Judíos, destrozaron despues de mil ultrajes la imagen de la Virgen con el Niño Jesus en los brazos (1528). El rey ordenó que se hiciese la justicia mas ejemplar, prometió mil escudos al que descubriese á los sacrilegos; y queriendo reparar en persona la injuria hecha en su capital á la Madre de Dios, mandó hacer una imagen de plata, del tamaño de la que habia sido destrozada, congregó todos los cuerpos eclesiásticos y civiles, los principes de la sangre Real, los embajadores de las naciones estrangeras, los oficiales supremos de la Corona, y seguido de un pueblo innumerable, fué procesionalmente á colocarla con sus propias manos, despues de haberla besado respetuosamente y regado con sus lágrimas. Quiso además cerrar por sí mismo la reja de hierro que

habia mandado hacer, para poner este santo depósito á cubierto de nuevos insultos. El parlamento y todos los tribunales de justicia, secundando la piedad del monarca, redoblaron su vigilancia y su severidad contra la secta impia que tenia la audacia de cometer semejantes atentados.

El canceller Du-Prat, arzobispo de Sens tres años hacia, y un año despues cardinal, tuvo en el mismo año de 1528, en la iglesia de los agustinos de París, el concilio de su provincia, uno de los mas memorables de la iglesia de Francia (1). Daremos de él la mas alta y justa idea diciendo en dos palabras que preparó, tanto sobre la fé como sobre las costumbres, la mayor parte de las decisiones que fueron publicadas despues en el concilio de Trento. Con el metropolitano asistieron á él en persona todos los sufragáneos, excepto el obispo de Orleans Juan de Longueville, nieto del famoso conde de Dunois, que era al mismo tiempo arzobispo de Tolosa y fué creado cardinal algunos años despues. Como tenia el primer lugar en esta provincia, no quiso tener asiento en París como simple obispo y diputó á su vicario general. El obispo de Troyes era Guillermo Petit, memorable por el celo de la fe que se esmeró siempre en inspirar á Francisco I, cuyo confesor era. Aun permanecia en el obispado de Meaux Guillermo Brizonnet, pero muy arrepentido de la estimacion prematura en que habia tenido á los nuevos sábios. Carlos Guillard, obispo de Chartres, habia hecho sus pruebas contra Clemente Marot, sin temer el resentimiento ni las sátiras de un hombre mirado como el mas bello ingenio de su siglo. De aquí provino que Marot, perseguido por el vicario general de Chartres por sospechoso de heregia, y estando decretada ya su captura, se refugió cerca

(1) Conc. t. 14, pag. 452.

de la reina de Navarra. No era esta la última escena que debia dar este poeta libertino y dogmatizador. Entre todos los teólogos que ayudaron á los Padres del concilio en sus deliberaciones, el célebre Clichtove, de nacion flamenco, pero doctor de París, no se distinguió menos por su celo de la disciplina que por la integridad de su fé y la profundidad de su erudicion.

El concilio duró cerca de ocho meses, desde el 3 de febrero hasta el 9 de octubre, sin que por eso dejase de ocuparse todo este tiempo con la mayor utilidad. Examinóse el caos inmenso de opiniones, ficciones, variaciones arbitrarias, corrupciones insolentes, supresiones y adiciones sacrilegas, en una palabra, de todas las quimeras e impiedades que los nuevos evangelistas esparcian con el título de palabra de Dios. Redújose á diez y seis artículos, que no solamente fueron impugnados y anonadados, sino que se le añadió á cada uno una esposición noble y sencilla de la verdadera doctrina de la Iglesia, relativa al asunto de que trataba, siendo estas esposiciones las mas á propósito para dar á conocer y aun para hacer palpable la perpetuidad invariable de la fé cristiana en todos los tiempos y en todos los lugares. Descubriéndose en ellas la verdad sencillamente, sin arte y sin violencia, con la claridad del sol de medio dia, abismaron al momento todas las monstruosas producciones del error en las negras sombras de donde habian salido. Júzguese de todos estos decretos luminosos por la esposición de las verdades generales, que sirven de basa á todas las demás, y que son las únicas de que aquí podemos hacer mencion.

Sobre la unidad é infalibilidad de la Iglesia, véase aquí en sustancia cómo se explica el concilio: siendo la Iglesia esposa de Jesucristo y la columna de la verdad, ni puede estar separada de este Esposo omnipotente ni rendirse jamás al esfuerzo de

las tempestades que solo se levantan contra ella para que triunfe. Esencialmente una, santa, infalible, no puede desviarse de la fé ortodoxa; y cualquiera que la abandone para buscar otros maestros en el dogma y en las costumbres, no puede evitar el naufragio que arrebató todo lo que está fuera del arca. Siendo juez de todas las controversias en materia de Religión, no puede ser invisible ni estar oscurecida. Porque ¿cómo un tribunal invisible ú oculto podria ser oido y terminar las disputas? ¿Cómo el Apóstol hubiera advertido á los sacerdotes y obispos que rigiesen el rebaño de Jesucristo, si el rebaño no fuese perceptible á sus sentidos? ¿Cómo puede dejar de conocerse que, quitando al cristianismo toda autoridad visible, no solo se establece una heregia, sino que se echa el fundamento de todas? A la verdad, la Iglesia católica no es menos privilegiada que la sinagoga, la cual tuvo un tribunal establecido por Dios para decidir las dificultades de la ley. No puede, pues, negarse la infalibilidad á esas asambleas augustas, que bajo el nombre de concilios ecuménicos representan la Iglesia universal. Por su autoridad suprema se conserva el dogma, se estirpan las heregias, se mantienen ó restablecen las costumbres y los antiguos Padres condenaron todas las impiedades á un horror eterno. Sublevarse contra esta potestad es resucitar el arrianismo, el nestorianismo, el pelagianismo mismo, y otra multitud de monstruos sofocados hace más de diez siglos. Solo los enemigos de toda fé cristiana rehúsan sus homenajes á estas asambleas divinas.

Descendiendo despues el concilio á individualizar los objetos á que se estienda la potestad de la Iglesia, dice: «La autoridad de la Escritura santa es sin duda infinitamente respetable, pues sus escritores fueron inspirados por el Espíritu Santo; mas no pertenece á todos juzgar de la inspira-

